

al protestantismo. Los Emperadores de la casa de Austria, Fernando I, por la elevación de su carácter; Maximiliano, hijo de Fernando, por las propensiones en favor del espíritu moderno; Rodolfo, hijo de Maximiliano, por su debilidad misma y por su afición inocente á la magia y á las antigüedades, á pesar de su fe y educación católicas y españolas; Matías, elevado por los protestantes al trono de Austria; si bien defendieron todos el catolicismo y atacaron todos al protestantismo, en cumplimiento al sacro legado de tradiciones recibidas del genio de Carlo V y del protectorado y tutela de Felipe II, cumplieron su ministerio de príncipes austriacos y católicos, ministerio difícil, con sabia moderación y verdadera prudencia. Pero Fernando II, llamado *el Carnicero* por unos y *el Envenenador* por otros, representa, como Pedro *el Cruel* en la revolución monárquica del siglo décimo-cuarto, la demencia y desencadenamiento del terror. Llega el Emperador á Viena, y los protestantes de la capital penetran á viva fuerza en su palacio, exigiéndole su firma en Edicto de tolerancia, mantenido por fuerzas de Bohemia y Hungría, que á la puerta de la capital campan. Todo se hubiera ganado, si Dampierre, jefe de los católicos, no se presentase á libertar al emperador con gente italiana, española y flamenca, mientras los poloneses, amenazando á Hungría, hicieron retroceder á los húngaros. Tenía Fernando por lugarteniente á Maximiliano de Baviera; y tenía Maximiliano de Baviera por general á un conde jesuita, llamado Tilly. Estos feroces guerreros halláronse frente á frente de un príncipe tan débil como Federico V, mal sostenido por su propio carácter; peor secundado por los príncipes luteranos de Alemania, implacables enemigos del calvinismo en general, y, especialmente de aquel singular calvinista. Por consecuencia, nada más fácil que la derrota del débil por los fuertes; y Federico V huyó de su reino sin defender siquiera la ciudad tan defendible como Praga. El vencedor simuló, durante tres meses, un olvido generoso de las ofensas pasadas y de la rebelión horrible, para lograr mejor así con este disimulo, sólo permitido á su falsedad púnica, desquites políticos y personales venganzas. Cuando ya los vencidos no recelaban del vencedor, y volvían á sus hogares, Fernando, que los atisbó con el ojo avizor de los rapantes reptiles y las aves de rapiña sobre sus presas, lanzóse á devorarlos. Aquellos jesuitas, instrumento seguro de toda reacción, que aguardaban sus órdenes de matanza para transmitir las á los sicarios, recibieronlas en 1621, y las hicieron observar y cumplir con su implacable rigor. Al célebre médico de Praga Jessen, le cortaron primero la lengua y luego la cabeza; con el sabio Lotnitzki concluyeron á palos; ochenta gentiles-hombres expiraron descabezados sin piedad; quinientas familias patricias y treinta y cinco mil familias burguesas salieron desterradas; y todo monumento recordatorio de Juan Huss cayó á la piqueta del desquite; todo libro sacro, perteneciente á la nueva liturgia, pereció quemado en las hogueras; la literatura propia de aquellos pueblos se desvaneció como el humo en los aires y se precipitó en triste olvido; sucumbieron degolladas veintidós mil personas en parciales matanzas; y hasta las tumbas quedaron abier-

tas y profanadas, como si los tiranos, en su soberbia, creyesen fácil turbar la paz y el sueño de los muertos. Esta rota, que trasciende á los pueblos extranjeros, que permite la ocupación del palatinado por los bávaros y los españoles, que aterra el protestantismo en Moravia y Hungría, que desconcierta los reformadores de Suiza y Holanda, que mueve la degollación de los nuevos creyentes así en la Valtelina como en el Tirol, que rompe á los grisonos, que suprime la nueva fe y su culto en cantón como el Valais, antes reformista; ¡oh! esta rota horrible, se comprende y explica, no sólo por la debilidad irremediable del príncipe jefe de la liga evangélica, sino también por las divisiones de los revolucionarios y el horror de los príncipes luteranos fanáticos al Antecristo de Ginebra, más aborrecible para ellos aún que aquel odiado Antecristo de la pagana Roma, contra el cual habían deshecho en mil pedazos la unidad interior del Cristianismo.

Llámase á este primer período de la guerra de los Treinta años, el período Palatino, por tener en ella el primer papel Federico V, Elector del Palatinado, tan desapoderadamente ambicioso como débil y desdichadísimo. Llámase al segundo período, período danés, porque Federico V se refugia, después de su rota, en Dinamarca y pide auxilio á su cuñado Cristian IV, monarca de tal reino, interesado á no dudarlo en sostener el protestantismo, su religión, y al Palatino, su aliado. Dirígese á impulso de tales consideraciones en 1624 á los Estados protestantes como Inglaterra, Holanda y Suiza, en busca de recursos, y obtiene subsidios importantísimos, con los cuales cree alcanzado y seguro el nervio de la guerra. Fernando, secundado por el feroz Tilly, que diera tan ruda lección al Elector Palatino, hubiérase visto al principio del período danés en apuros y ahogos increíbles, sino surge aquel general, que parecía una fuerza ciega de la naturaleza, conocido en la Historia con el célebre nombre de Wallenstein, y que debía dar con la leva, con el secuestro, con el saqueo, con el incendio, con las matanzas, con todas las calamidades guerreras puestas por el destino á su arbitrio y merced, como si fuera un dios mitológico de las teogonías dualistas, nada menos que un ejército poderoso, el cual no había menester de recurso alguno para vivir, porque se hallaba resuelto á buscarlo donde únicamente podía tenerlo, en las tierras y plazas enemigas. La pobre Dinamarca no pudo resistir á esta plaga, que parecía llevar consigo terremotos, epidemias, tormentas, inundaciones, tempestades, el odio y el exterminio universal, todas las fuerzas devastadoras de la muerte, que se asienta sobre las cimas del Universo, y suscita unas contra otras las especies en guerra inacabable. Tras larga serie de combates, firmóse la paz de Lubeck entre Dinamarca y Austria; paz, cuya consecuencia fué la victoria del credo católico sobre la fe protestante y el Edicto de restitución, cuyos cánones constreñían á los gobiernos y príncipes luteranos á devolver los bienes de las iglesias y comunidades católicas acaparados por los representantes y defensores de la revolución religiosa.

En esta guerra de treinta años no resalta ningún hombre como el general Wallenstein.

Parece imposible que, organizadas ya las naciones modernas, poseedores de sus atributos esenciales y propios los Estados monárquicos, pudiera un hombre solo, con la energía de su voluntad y con la confianza universalmente inspirada por su estrella, intentar y acometer cosa tan grande como la obra feudal de reunir millares y millares de soldados á su propio sueldo, sin más lazo de unión que aquella su bravura incontrastable, consagrada de continuo á la guerra y á la conquista. Wallenstein sabía que tal extraño y singular organismo, el de un ejército feudal elevado al número é importancia de los ejércitos reales, no podía sostenerse por entonces, sino degradando las provincias más ricas, y entró por estas provincias, y demostró al mundo cómo la guerra se alimenta con la guerra. Alemania no fué ya entonces un territorio compuesto de varios Estados, sino un campamento, donde sólo se veían militares en armas, sembrado de pertrechos, de víveres, de tiendas, de cuarteles, de todos los instrumentos necesarios al odio para procurar el exterminio. Diríase que habían vuelto los tiempos de las irrupciones bárbaras, en que los pueblos á caballo, presididos por sus ídolos, acompañados por sus sacerdotes y sus jueces y por sus reyes, seguidos por sus mujeres y por sus niños en carros de guerra, trasladaban las naciones, verdaderas tribus nómadas y errantes, de un extremo á otro del espacio, abriéndose camino por medio de sus teas y de sus lanzas. Aquel general, no sólo pagaba con las talas de los campos, las depredaciones de las casas, los sacos de las ciudades á su ejército innumerable, sino que sustentaba en la corte poderosos espías encargados de procurarle todo el favor soberano y de destruirle sus numerosos naturales enemigos. Sólo de tributos impuestos á los soberanos alemanes vencidos, reunió durante siete años mil millones de reales, en cuyo importe no entra el valor de los botines y de los despojos. Su ejército era una ciudad ambulante, ostentosa y epicúrea, plantada sobre un territorio exhausto y un pueblo exterminado. Así no se oían por todas partes sino quejas, exacerbadas por sus procedimientos absolutistas, y hasta por sus maneras insolentes. Destruir á tan gran general era tanto como destruir las fuerzas del Imperio. Y comenzaban á comprender la necesidad de combatirlo, el Rey de Suecia por motivo y razón de su fé religiosa; y el cardenal Richelieu por motivo y razón de su fé política. Gustavo quería el engrandecimiento de la religión luterana, Richelieu quería el engrandecimiento de la monarquía francesa. En vano España, con el natural poder ejercido sobre Austria y su dinastía, demandaba la desgracia de Walleustein. Fernando no la escuchaba. En vano Baviera también, menos la oía Fernando aun. Mas el gran Richelieu, sabedor del influjo ejercido por los frailes sobre la cesárea majestad, y resuelto á disminuir la prepotencia del imperio austriaco y de la corona hispana, entre cuyas dos fuerzas se aplastaba su patria, maquinó mucho la perdición del gran general, á ciegas tramada también y exigida por nuestros débiles imprevisores políticos de siglo tan triste y nefasto para nosotros como el siglo décimo-séptimo. Envió, pues, á Viena Richelieu un capuchino, y este capuchino, sin más

armas que su cogulla, derribó al primer general de Alemania, jefe y soberano casi de cien mil hombres armados. Bien es verdad que según refiere el gran Schiller en su dramática historia de esta guerra, el Emperador decía con frecuencia que si le ocurriera encontrar á la vez en su camino un fraile y un angel, saludaría primero al fraile. Pues un fraile le traicionó y engañó torpemente, obligándole á destruir su mayor fuerza con destruir la fuerza de Walleustein. Así decía, cuando tocó las consecuencias del error cometido á instigaciones de tal consejero, que un mal capuchino lo ligó con su rosario para llevarse dentro de su capucha seis coronas de imperiales electores. El general fué depuesto. Recelaban todos que, al saber su deposición, Wallenstein se levantara contra su jefe y señor en armas, al frente de sus cien mil hombres aguerridos y resueltos. Pero el gran militar holgóse mucho, en su soberbia, con caer al impulso de la cólera española, de los celos bávaros, y de las intrigas francesas, diciendo que su jefe y señor se dejara prender en tantas redes, y que á él solamente le tocaba ya compadecerle y perdonarle. Además, un astrólogo, en cuyas leyendas mágicas y en cuyas embusterías elocuentes confiaba mucho, habíale asegurado que las estrellas de su sino lucían por aquella sazón extraña con más vivos resplandores que nunca en el cielo de las profecías, combinando con sus letras bienhadadas un feliz horóscopo. La riqueza del general era tan crecida y sus dominios tan extensos, que pudo llevarse consigo como un pueblo de vasallos á toda su oficialidad. Retirado, brillaba más su corona de guerra, siniestra como un cometa, que la corona imperial. Su palacio tenía seis pórticos seguidos para que se paseasen sus cortesanos innumerales, bajo aquellos arcos de triunfo, levantados sobre la demolición de todo un barrio. Dentro del palacio había una verdadera universidad, solo para educar á sus pajes. Cenaba en largas iluminadas galerías sin término, acompañado por los primeros señores austriacos sin dignidad, á quienes daba cien platos seguidos, con los mejores y más sazonados manjares del mundo. En sus viajes, al trasladarse de un punto á otro de sus dominios, precedíanle doce patrullas de gentes á caballo y armadas para quitarle inoportunos del paso; acompañábanle con pompa los barones y los caballeros imperiales, sirviéndole como domésticos; seguíanle sesenta carrozas, custodiadas por sesenta caballos y cien carros, de los cuales tiraban inacabables tiros, compuestos por las primeras yeguas de Alemania; y entre tantas pompas iba él, rígido como un ídolo, callado como un oráculo, solo é inaccesible á los humanos afectos, duro en su mirada, seco y avellanado en su temperamento, alto como un trofeo, rojo como un bárbaro, duro como un militar y avizor como un águila. Dos grandes desgracias le sobrevinieron á Fernando, la venida de un enemigo tal como Gustavo de Suecia, y la retirada de un amigo tal como Wallenstein de Alemania. Cuatro periodos tiene la guerra de treinta años; el período palatino, que la comienza; el danés que la continúa; el escandinavo que la determina en sentido protestante; y el franco por fin, que la corona y remata. En el primer período combate por los protes-

tantes, Federico V de Alemania; en el segundo período, Cristian IV de Dinamarca; en el tercer período, Gustavo Adolfo de Suecia; en el cuarto período, Richelieu de Francia bajo la invocación y advocación de su monarca Luis XIII. Hemos visto cómo en los dos primeros períodos, el Emperador y el Catolicismo predominan sobre los príncipes protestantes y su nueva religión; ahora veremos cómo el Protestantismo predomina en todos estos combates y establece y funda el derecho internacional europeo. Bien es cierto que pocas ideas y causas en el mundo han tenido valedor tan ilustre como Gustavo Adolfo de Suecia. Las inspiraciones del genio uníanse con los cálculos del matemático y los disimulos del político en su altísima excepcional persona. Al ojo táctico de un general consumado, con que la naturaleza le dotara pródigamente, unía el estudio paciente y continuo de griegos y romanos. Como el Gran Capitán y Alejandro Farnesio antes de él, como Federico el Grande y Napoleón Bonaparte después de él, Gustavo Adolfo señala honda revolución y trascendental cambio en la táctica guerrera. Nadie había combinado anteriormente con tal felicidad, el arma de infantería con el arma de caballería; nadie modificó tanto, y en tan buen sentido, las antiguas líneas de batalla; nadie comprendió la necesidad para quien ejerce un ministerio tan austero como el ministerio militar, de la sobriedad en los alimentos, de la pureza en los hábitos y costumbres, de la previsión y de la vigilancia. Ni supersticioso ni excéptico, rendía culto á Dios con sus palabras y con sus obras. Incontrastable de suyo en el combate, resultaba misericordioso en la victoria. No imponía privación á sus soldados que antes no aceptara él. Excediéndose de sus deberes como general, iba en compañía de los que mandaba por sus órdenes á la muerte. Inspiraba igual entusiasmo á los militares que á los ciudadanos; y dimanaba tal entusiasmo, de que todos á una convenían, al verlo y al estudiarlo, en la inevitable necesidad y aun justicia de sus guerras. Cuando pensó herir al Imperio en el corazón y penetrar hasta las entrañas de Alemania, dispuso todas las cosas, como pudiera disponer un testamento, y se recogió como pudiera para la muerte recogerse. Poco merecían los príncipes protestantes el auxilio de tan excelso campeón. Traidores por naturaleza, traicionaban por cálculo también. Enemigos en su mayor parte de los calvinistas, ya lo hemos dicho, uníanse al Emperador y al Papa, cuando se trataba de combatir al calvinismo. Obligados por los Edictos de restitución á devolver antiguas propiedades, mercadearon con los jesuitas á modo y manera de miseros chalanes el quedarse con los bienes del mundo á cambio de las libertades del alma. Pero la causa de la libertad del pensamiento y del espíritu no podía perderse. Gustavo Adolfo apareció en 1630, año de importancia excepcional, á la desembocadura del Oder, para defender la nueva idea. Fernando II, que solo conocía del Rey escandinavo las victorias polonesas, alzó los hombros, al saber la llegada increíble de tan pobre adversario. El Rey de las nieves polares no podía llegar sin derretirse y disiparse á las cálidas riberas del Danubio. Mientras tanto los luteranos, heridos de muerte, exhaustos, deshechos

y rotos, le saludaban á una con verdadero entusiasmo, y le llamaban el hermoso león de las áureas guedejas. El combate general cobra una crueldad espantable. Tilly degüella dos mil escandinavos; los croatas, en sus borracheras sangrientas, cortan los pechos á centenares de campesinas alemanas; los austriacos se desquitan de sus derrotas, empalando los habitantes de Mecklemburgo, ciñendo las mujeres á las colas de los caballos para destrozarlas vivas, y quemando las iglesias luteranas con los fieles dentro. Se necesita subir á la cruzada horrible de los albigenses para encontrar horrores como estos. La toma de Magdeburgo por los croatas, recuerda las crueldades enormes de Monfort en Provenza. Soldado hubo que se ufana de haber atravesado en sus lanzas veinte niños recién nacidos. El blanco caballo montado por el general de los católicos, Tilly, se volvió entre rojo y negro, por la sangre que lo manchaba y el humo que lo envolviera en tan tremendo caso. Treinta mil cadáveres yacían por las calles desoladas; y si aun pudieron salvarse dos mil sobrevivientes encerrados sin comer ni beber tras largos días en una iglesia, debióse á que se le ocurrió á un jesuíta interceder á su favor con versos de Virgilio, poeta idolatrado por Tilly. Con razón decía éste que la matanza de Magdeburgo, excedió á la matanza de San Bartolomé; y que la toma de tal ciudad sólo podía compararse con la toma de Tiro y de Jerusalén.

Por Mayo de 1631 perpetró Tilly el degüello de Magdeburgo; y en Setiembre de 1631 tomó el desquite Gustavo Adolfo en la batalla de Leipsik. Tilly, que contaba setenta y dos años, es herido por tres balas; y sus soldados, que le creían del todo invulnerable, toman al rey escandinavo, su vencedor, por un verdadero brujo. El brujo extiende sus alas y corre de triunfo en triunfo hasta los últimos límites del Occidente germánico, aclamado por los loores de todos los protestantes que miran á una en él su glorioso redentor. Los ciudadanos de la vieja república de Nuremberg ofrecenle de rodillas la corona imperial. Gustavo Adolfo continúa sus combates, y en cada uno de ellos recogé decisivos triunfos. Al empeñar uno de estos, el gran general católico Tilly pierde la vida; y Gustavo Adolfo, pasando sobre su cadáver, llega hasta las puertas mismas de Munich, vencida y rota, donde los escandinavos quisieron tomar desquite de los horrores cometidos en Magdeburgo. Impidiólo Gustavo Adolfo entonces; pero no pudo impedir luego venganzas propias de las fuerzas devastadoras que tiene consigo la muerte, y de las naturales alternativas que con tanta frecuencia en las batallas se suceden. Lo cierto es que Alemania en su totalidad arde, que la causa católica sucumbe, que los alientos dados á los enemigos del imperio por tantos favorables sucesos llegan á suscitar sublevaciones en las tierras de Hungría y á caer como un alud tremendo sobre la corona de Austria. Entonces Fernando II, acosado por tanto contratiempo, no tiene otro remedio sino acudir al brazo de su general por excelencia. Mas Wallestein, verdadero tipo del antiguo condotiero, no pudo ni quiso perdonarle jamás el ocio á que lo condenara por envidia y recelo en los tiempos más procelosos de la guerra.